

La oración de petición en el Antiguo Testamento (con particular referencia a la lluvia)

JESÚS GARCÍA TRAPIELLO

INTRODUCCIÓN

Los testimonios facilitados por los conocimientos etnográficos modernos acerca de los pueblos antiguos (escritos, objetos sagrados, representaciones artísticas, etc.) permiten afirmar que la **religiosidad** fue la vivencia más extendida y más profundamente sentida entre dichas gentes. De ahí que la iniciativa divina (= *Revelación*) en vista a depurar e intensificar esa tendencia natural humana dentro del antiguo pueblo de Israel encontró un terreno ya abonado y predispuesto favorablemente para ello. De hecho, la literatura véterotestamentaria da fe, de modo fehaciente y desde las más antiguas tradiciones hasta las más tardías, de la frecuencia e intensidad con las que se vivía ese rasgo espiritual, ese vínculo religioso establecido entre el Dios del AT y las gentes de su pueblo elegido.

Ahora bien: el examen de esa misma literatura hace darse cuenta de que el empeño, por parte de los antiguos israelitas, por mantener y potenciar la comunicación con su Dios (la virtud de la **piEDAD**, de la que hablan los teólogos) se concretó en múltiples actitudes de diferente signo y alcance. Con todo, entre tales esfuerzos religiosos sobresalía

con mucho, tanto por su frecuencia como por la espontaneidad con la que fluía del alma israelita, la **oración**: esto es (y ateniéndonos a la noción clásica que se suele dar al respecto), «la elevación de la mente a Dios». Más aún: la historia de las religiones autoriza a ampliar el horizonte y constatar que una reacción humana similar tuvo lugar entre todas ellas hasta tal punto que la **oración** puede ser considerada como el elemento central de cada una, por más que haya combinado ingredientes hartos diversos según los casos.

Centrándonos de nuevo en el caso de Israel, las fuentes véterotestamentarias dejaron constancia de que efectivamente la **oración** tenía el papel central, y desde el primer momento, en la práctica religiosa de los fieles israelitas. Sobre todo a nivel comunitario, de pueblo, pues es éste el que aparece con mayor asiduidad en actitud de orar ante su Dios; piénsese, cual dato comprobante, en el carácter cúllico (colectivo) que tienen la mayoría de los poemas que integran el Salterio de nuestras Biblias.

Pero oraban asimismo en su ámbito privado, personal, práctica que se fue consolidando con el paso del tiempo, favorecida por una mayor consolidación de la personalidad del individuo y por la interiorización de la religión (esfuerzo debido particularmente, en entrambas vertientes, a los profetas clásicos), e incluso por el simple desarrollo cultural.¹

¹ Los biblistas discuten acerca del papel que tuvo la *oración privada* durante los tiempos del AT y su relación con la *pública*. Parece ser que aquélla fue algo así como una emancipación de la segunda (fenómeno general en todas las religiones), por lo que deberá ser considerada como posterior, hablando en general. (Cf. H. GUNKEL, *Introducción a los Salmos*, tr. esp., Valencia, 1983, p. 32). De todos modos, si bien con escaso desarrollo, la *oración privada* fue practicada desde muy antiguo, como testifican, v. gr., los casos de Moisés (*Ex* 33,12-13; *Núm* 11,11-15), de Sansón (*Jue* 15,18; 16,26), de Ana (1 *Sam* 1,9-18), etc. Con el correr del tiempo, y debido a las causas apenas indicadas en el texto, se intensificó notoriamente, hasta convertirse en práctica frecuente tras el regreso del destierro babilónico, como se puede comprobar en los libros de Nehemías, Tobías, Judit, Ester, etc.

El análisis interno de las oraciones véterotestamentarias pone de manifiesto la **amplia diversidad** que se dio entre ellas. No sólo en cuanto a la multiplicidad de expresión literaria y demás rasgos formales, sino también, y sobre todo, respecto a las actitudes piadosas que los israelitas adoptaban y exteriorizaban cuando acudían a orar ante el Señor. Así, oraban para alabar sus espléndidos atributos (*Is* 12,1-6; *Sal* 8; *Jdt* 16,1-17); para presentarle sus inquietudes (*Sal* 13,44; *Jdt* 9,2-14); para confesar sus fallos morales (1 *Re* 8,30-40; *Neh* 1,5-11; *Sal* 51,1-2); para agradecerle sus favores (*Sal* 107; *Jon* 2,3-10; *Sir* 51,1-12); para ponerse entre sus manos providenciales (*Dan* 13,42-43; *Sal* 84; *Est* 4, 17-1-z en la Vg. = 14,3-19), etc.

No resulta, pues, exagerado afirmar que los fieles israelitas, a través de sus oraciones, daban rienda suelta a todos los sentimientos con los que les abrumaba el complejo acontecer de cada día, derramándolos piadosamente ante su Dios. Es por esto por lo que la oración véterotestamentaria está impregnada de **humanidad**, ya que el pueblo o el individuo particular se manifestaban ahí en todas las situaciones psicológicas, morales, sociales y físicas que suelen rodear normalmente a los seres humanos en las diversas vicisitudes que depara esta vida. Mas simultáneamente estaba dominada por la más auténtica **religiosidad**, puesto que toda esa mencionada realidad humana era enfocada desde una perspectiva de profunda fe en Dios, poniendo todo cuanto les acontecía delante de Él e intentando de este modo hacerle intervenir, como partícipe privilegiado, en su vida y en su quehacer diario.

I. LA ORACIÓN DE PETICIÓN EN EL AT

Con todo, la actitud religiosa que los fieles del AT adoptaban con mayor frecuencia al dirigirse a su Dios en oración fue, sin la menor duda, la de **petición**: esto es, cuando le invocaban en demanda de ayuda ante una situación difícil para el pueblo o para cualquier individuo particular.

Los términos que los israelitas usaban para expresar con mayor propiedad dicho tipo de oración eran dos: *tejinnah*, cuyo significado más adecuado es "súplica, petición de una gracia", hecha lógicamente a Dios (1 Re 8,28; Jer 36,7; Sal 6,10); y *tefil-lah*, palabra que, en su acepción más pertinente, quiere decir "ruego, deprecación", referido también en este caso a Dios (2 Re 19,4; Is 37,4; Sal 4,2).

1. Las **raíces ideológicas** de las que brotaba esta clase de oraciones israelitas eran, de modo particular, las tres siguientes.

En primer lugar, **una concepción antropológica** que, partiendo del realismo más comprobado, veía al hombre como radicalmente limitado, con escasos recursos propios para salir airoso en muchas de las complejas vicisitudes que le presenta la vida real de cada día. Limitaciones que afectan a todos los ámbitos que integran su realidad humana. En el orden *físico*: «*Recuerda [Señor] que me hiciste como se amasa el barro, y que al polvo has de devolverme*» (Job 10,9; cf. Is 40,6-8; Sir 18,8-10; Sab 9,5); en el campo *moral*: «*Cierto es que no hay justo alguno en la tierra que practique el bien sin pecar nunca*» (Qoh 7,20; cf. Prov 24,16; Job 4,17; Sal 143,2); en el *intelectual*: «*Los pensamientos de los mortales son débiles e inseguras nuestras ideas (...). Trabajosamente conjeturamos lo que hay sobre la tierra y con fatiga hallamos lo que está a nuestro alcance, ¿quién, pues, ha rastreado lo que está en el cielo?*» (Sab 9, 14.16; cf. Prov 19,21; Job 38-39; Qoh 8,16-17); en el plano *psíquico*: «*Sus reflexiones, las del hombre, el miedo de su corazón es la idea del futuro, el día de la muerte. Desde el que está sentado en un trono glorioso hasta el que en tierra y ceniza está humillado, (...), sólo furor, envidia, turbación, miedo a la muerte, resentimiento y discordia*» (Sir 40, 2-4; cf. vv.5-7; Sal 14,5; Sab 17,11-13).

En segundo lugar, ejercía influjo notable en la actitud religiosa de los israelitas la idea que tenían acerca de su Dios, Yahveh, uno de cuyos atributos más celebrados era su **omnipotencia**, su dominio absoluto sobre pueblos e individuos, así como sobre todos los seres que pueblan el universo, puesto que todo era visto como creado por él y dispuesto a su voluntad: «*El que vive eternamente lo creó todo por igual*» (Sir 18,1; cf. Gn 1,1; 2,1-2; Sab 11,24); «*Todo cuanto place a Yahveh, lo hace en el cielo y en la tierra, en los mares y en todos los abismos*» (Sal 135,6; cf. Is 66,1-2; 1 Cr 29,12; Sir 42,15).

Finalmente, contribuía asimismo **el modo que tenían los israelitas de concebir la relación** que ese Dios omnipotente mantenía con los hombres, más en concreto con su pueblo elegido. En efecto, si bien imaginaban a Yahveh cual Señor trascendente, cuyo trono estaba en lo más alto del cielo («*Yahveh en los cielos asentó su trono, y su soberanía en todo domina*»: Sal 103,19), no obstante estaban convencidos de que mantenía relaciones de cercanía y contacto con los hombres («*¿Quién como Yahveh, nuestro Dios, que se sienta en las alturas y se abaja para ver los cielos y la tierra?*»: Sal 113,5-6), al mismo tiempo que intervenía continuamente en la historia de Israel y en la vida particular de sus miembros (Gn 11,5-8; Ex 3,7-9; Is 55,10-11). Más todavía: se trataba de un Dios compasivo (su *jésed* ["bondad, misericordia, gracia"] era una de las prerrogativas que con mayor gusto se le reconocían: 2 Sam 7,15; Jer 33,11; Sal 5,8), siempre dispuesto a tomar parte en ayuda del pueblo o de los hombres necesitados. De hecho, las tradiciones de Israel aseguraban que Yahveh había otorgado su auxilio generoso en el pasado, lo mismo a la comunidad (Ex 13,8; Dt 4,9; Sal 78,3-4) que a individuos particulares (Gn 19,29; Sam 17,37; Tob 12,18-21). Lo cual infundía gran confianza en la

misericordia de Dios, «*que tiene poder para ayudar y para derribar*» (2 Cr 25,8; cf. 1Sam 14,6; Sal 46,2; 1 Mc 3,19). El mismo Yahveh ponía en contraste -por boca de Jeremías- la ayuda que pueda prestar un hombre y la que él ofrece: «*Maldito sea aquel que confía en hombre y hace de la carne su apoyo (...). Bendito sea aquel que confía en Yahveh, pues no defraudará Yahveh su confianza*» (Jer 17,5.7).

Toda esta mentalidad explica por qué cuando los israelitas se sentían impotentes ante una situación difícil acudían a implorar la intervención de Dios, dirigiéndole oraciones de petición. Lo hacían a nivel de pueblo: «*Ayúdanos, Dios de nuestra salvación, por amor de la gloria de tu nombre*» (Sal 79,9a; cf. 44,27; 2Cr 14,10; 1 Mc 3,50-53). Y lo hacían también los fieles de modo particular: «*¡Oh Dios, ven a librarme, Yahveh, corre en mi ayuda!*» (Sal 70,2; cf. 86,15-16; Tob 8,4-8; Sir 2,6).

2. **El ámbito de las realidades** que servían de motivo para las oraciones de petición de los antiguos israelitas se presenta, en el AT, muy amplio y diversificado, dado que se extendía, de hecho, a las múltiples circunstancias difíciles que afectaban a la vida cotidiana lo mismo del pueblo que de sus individuos en particular, y de las que uno y otros no creían poder salir airoso por sí mismos, por lo que acudían a implorar la ayuda divina. He aquí una breve lista de tales peticiones, significativa pero de ningún modo exhaustiva, que ayude a conocer mejor esta vertiente de la oración veterotestamentaria:

a) **A nivel de pueblo:** ante el peligro que suponía para la comunidad israelita el ataque de los amalecitas, Moisés, Aarón y Jur «*subieron a la cima del monte*» a pedir ayuda a Yahveh (Ex 17,8-13); cuando los israelitas fueron derrotados ante la ciudad de Ay, en plena invasión ya de la Palestina, Josué y los representantes del pueblo imploraron el socorro divino («*desgarró sus vestidos, se prostró en tierra*

delante del Arca de Yahveh hasta la tarde, junto con los ancianos de Israel»: Jos 7,6-9); con ocasión de una peste que asolaba al pueblo, David fue a pedir la protección del Señor («...dijo a Yahveh...: te suplico...»: 2 Sam 24,15-17); antes de salir a pelear contra los etíopes, el rey Asá dirigió una sentida petición de auxilio a Dios («Oh Yahveh, sólo tú puedes ayudar...»: 2Cr 14,10); por mor de la catástrofe que supuso la destrucción de Jerusalén y la deportación masiva al destierro, las súplicas eran dirigidas a Yahveh con tono realmente conmovedor («¡Acuérdate, Yahveh, de lo que nos ha acaecido, mira y ve nuestro oprobio!»: Lam 5,1-22); cuando la comunidad se sentía abrumada por la conciencia de sus infidelidades a Dios, preñadas de consecuencias negativas, surgía su voz suplicante pidiendo perdón («Ayúdanos, Dios de nuestra salvación (...); líbranos, borra nuestros pecados...»: Sal 79,9); en la circunstancia de una devastadora plaga de langostas que asolaba los campos israelitas, el pueblo organizó una solemne liturgia para pedir a Dios el remedio («Entre el vestíbulo y el altar lloren los sacerdotes, ministros de Yahveh, y digan: "Perdona, Yahveh, a tu pueblo y no entregues tu heredad al oprobio..."» Jl 2, 17); el Sirácida compuso una larga y bella oración pidiendo al Señor la restauración del postrado Israel de los últimos tiempos del AT («Ten piedad de nosotros, Dios, dueño de todas las cosas...»: Sir 36,1-17).

b) A nivel de individuos particulares: Abrahán pidió a Dios que le diera un hijo (*Gn 15,2-3*), lo mismo que haría más tarde Ana (*1 Sam 1,9-11*); Jacob le suplicó ayuda en su huida al extranjero (*Gn 28,20-22*), y, algún tiempo después, ante el temor que le infundía su hermano Esaú (*Gn 32,10-1-3*), cosa esta que hará en su día Judit ante Holofernes (*Jdt 9,1*); Moisés acudió a Dios en momentos de abatimiento personal (*Ex 17,2-4*; *Núm 11,10-15*), lo mismo que le

acaecería a Elías huyendo al Sinaí (1 Re 19,3-4), así como a Ester en su soledad (*Est* 4,17 k [en la Vg. = 14,1-3]); Salomón solicitó al Señor sapiencia política para gobernar correctamente (1 Re 3,6-9); Tobit pidió un viaje feliz para su hijo Tobías y su acompañante (*Tob* 5,17b); cualquier fiel suplicaba perdón de sus propios pecados (*Sal* 51,1-6a), y remedio para sus problemas (*Sal* 4,2), o simplemente que le sirviera de refugio espiritual (*Sal* 31,2-4); se podía pedir asimismo un comportamiento moral digno (*Tob* 4,19); el libro de la Sabiduría contiene una larga oración para rogar a Dios la concesión de la sabiduría (*Sab* 9,1-18)

Este simple muestrario pone en evidencia la amplia gama de necesidades que aquejaban a los antiguos israelitas y que ellos transferían a la presencia de Yahveh cuando acudían a suplicarle, reconociendo de este modo la propia incapacidad o, por lo menos, los aprietos para salir bien por sí mismos en tales situaciones adversas. Y se ha podido constatar -a su vez- que dichas contingencias tenían, en su gran mayoría, naturaleza material, es decir, eran realidades físicas, terrenas, característica esta que impregna casi toda la oración véterotestamentaria. Lo cual no debería suscitar extrañeza en cristianos de nuestros días, a condición de que se tenga en cuenta **varios supuestos generales** que integran el transfondo ideológico de esta cuestión.

En primer lugar, las gentes del AT tenían una estima altísima de las realidades físicas de nuestro mundo, vistas todas como buenas por haber sido creadas y ser continuamente sustentadas por Dios (*Gn* 1,31; *Sal* 104, 24; *Sir* 39,21) ². Contaba también la ausencia de toda proyección de la esperanza humana hacia un más allá futuro, tras la

² Cf. J. GARCÍA TRAPIELLO, *Valoración bíblica de las cosas terrenas*, en *Angelicum* 54 (1977), pp. 3-23; IDEM, *Estima bíblica del esfuerzo racional humano*, *Ibidem*, 61 (1984), pp. 252-267.

muerte física (*Is* 38,18-19; *Sal* 6,6; *Qoh* 3,12.19-22)³, limitación ideológica que les estimulaba a valorar mucho más -hasta concederles un valor absoluto- a las realidades de la tierra y aferrarse con mayor convicción a ellas. Además, no debería olvidarse que el nivel cultural y los recursos técnicos de aquellas gentes para defenderse por sí mismas en múltiples contingencias de orden físico eran más bien escasos, por lo que se sentían impulsados a acudir con mayor frecuencia y naturalidad a buscar directamente la ayuda divina.

3. El análisis interno de las oraciones de petición que ha conservado el AT actual permite detectar en ellas **algunos rasgos peculiares** que las caracterizan, por lo que ayudan a conocer mejor este tipo de oración. Emerge, ante todo, la *frecuencia* notoria con la que los fieles de entonces acudían a implorar ayuda a su Dios, lo que demuestra la facilidad y la espontaneidad que tenían para hacerlo. Efectivamente, los libros del AT se presentan como "sembrados" de tales oraciones, con abundantes testimonios desde los primeros hasta los últimos. Baste aducir el dato significativo de que un tercio de los poemas que integran el libro de los Salmos pertenece a este género de oración.

Por otra parte, resulta asimismo evidente la *confianza* con la que los israelitas imploraban ayuda a Yahveh, casi como si se tratara de "viejos amigos". Por ejemplo: el tono con el que Abrahán suplicó a Yahveh para que no destruyera las ciudades corruptas de Sodoma y Gomorra demuestra una familiaridad encantadora, comenzando de este modo: «¿Así que vas a borrar al justo con el malvado?» (*Gn* 18,23-32). No le fue a la zaga en confianza Moisés cuando pedía ayuda a Dios con estas palabras: «¿Por qué tratas mal a tu siervo?

³ La idea de una *vida futura* para el hombre no surgió, al menos con claridad, hasta el s. II, a.C. (¿está ya en algunos salmos?). En estos últimos escritos véterotestamentarios aparece la idea de "resurrección de los cuerpos" (*Dan* 12,2-3; *2 Mac* 7,9-36; 12,38-46); y finalmente el concepto de "inmortalidad del alma" (*Sab* 2,23;3,1-12), debido esto último al soporte filosófico griego dominante en Alejandría, donde fue escrito dicho libro.

(...). *Si vas a tratarme así mejor es que me mates, por favor»* (Núm 11,11-15; cf.14,13-19; Ex 17,4). Y tampoco se quedó atrás en su actitud Josué, al orar de esta guisa: «¡Ah, Señor Yahveh! ¿Por qué has hecho pasar el Jordán a este pueblo, para ahora entregarnos en manos de los amorreos?» (Jos 7,7-9).

También llama la atención la *insistencia* con la que aquellas gentes impetraban el auxilio divino, no teniendo inconveniente en *apremiar* al Señor cuando parecía que no atendía su petición o tardaba en hacerlo, como era el caso, verbigracia, de los salmistas: «¡Oh Dios, ven a librarme, Yahveh, corre en mi ayuda!» (Sal 70,2); «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (...). Dios mío, de día clamo y no respondes; también de noche y no encuentro escucha (...). No estés lejos de mí, que la angustia está cerca, no hay para mí socorro» (Sal 22,2a-3.12).

II. LA PETICIÓN DE LA LLUVIA EN EL AT

De todos modos, y con el propósito de poder adentrarnos mejor en el espíritu que impregnaba las oraciones de petición del AT, vamos a concentrarnos en uno de sus grupos, dominado todo él por una finalidad común y particular: la obtención de la **lluvia**. La elección parece estar justificada no sólo para adecuarnos al nexo ideológico general de este número monográfico que la Revista dedica al tema en cuestión, sino también por la importancia que este elemento tuvo materialmente dentro del amplio abanico de preocupaciones concretas que los fieles israelitas incluían en sus oraciones a Dios en vista de obtener su ayuda. Tan es así, que esta clase de peticiones podría ser presentada como paradigmática de la actitud piadosa veterotestamentaria que estamos estudiando.

1. La primera constatación -algo que ya puede servir de transfondo general para toda nuestra reflexión- es la **destacada presencia** que el

tema «agua» tiene en la literatura del AT ⁴. Y ello desde las más diversas perspectivas: con carácter positivo, negativo o neutro; para su uso profano y para uso religioso; en su acepción natural y con valor simbólico, etc. Así, y especificando un poco el argumento, son mencionadas las aguas que están arriba, en el cielo (*Gn* 1,7; *Sal* 148,4); las que están debajo de la tierra, en los abismos (*Ex* 20,4; *Sal* 24,2); las de los mares que rodean la tierra (*Gn* 1,9-10; *Dt* 11,4); las aguas que, de una u otra manera, aparecen en la tierra: v.gr., ríos (*Job* 28,11; *Qoh* 1,7), arroyos (*Sal* 78,16; *Jl* 4,18), lagos (*Is* 41,18; *2 Mc* 12,16), etc.; era usada para practicar la hospitalidad (*Gn* 18,4;24,32), para hacer libaciones religiosas (1 *Sam* 7,6; 2 *Sam* 23,16), para las purificaciones (*Núm* 8,7;19,7.17-20), para practicar las ordalías (*Núm* 5,16-22; *Dt* 21,1-9); no raras veces se daba al agua un valor simbólico, lo mismo con sentido positivo (*Is* 55,1; *Jer* 2,13) que negativo (2 *Sam* 22,5; *Sal* 18,17), incluso para expresar una situación de angustia (*Lam* 2,19; *Sal* 22,15).

2. Sin embargo, el agua aparece en el AT relacionada de modo singular con la **subsistencia de los israelitas**. Se alude con frecuencia a lluvias (nos centraremos luego en ellas), a fuentes (1 *Sam* 29,1;1 *Re* 18, 15), a pozos excavados (*Núm* 21,18; 2 *Sam* 23,15), a aguas vivas (*Gn* 26, 19; *Lev* 14,5), a aguas amargas y aguas dulces (*Ex* 15,23; *Sir* 38,5), a aguas potables que fueron saneadas (2 *Re* 2,21; *Ez* 47,8),etc. En un pueblo por excelencia agricultor y pastor, residente además en un área geográfica más bien escasa de agua ⁵, ésta tenía que adquirir

⁴ Ph. REYMOND concluye su largo estudio sobre el agua en el AT con esta confesión: «Hemos descubierto que el tema agua, en el AT, era de una riqueza insospechada y de una gran variedad» (*L'eau, sa vie, et sa signification dans l'Ancien Testament* [Suppl.to VT,4], Leiden, 1958, p.239).

⁵ Las estadísticas acerca de las precipitaciones en la Palestina varían de un estudio a otro, pero dejan ver su escasez, si bien no afecta por igual a todas sus regiones. De todos modos, la lluvia es un «fenómeno restringido en Palestina a una serie continua de meses enmarcada, *grosso modo*, entre el 15 de octubre y el 15 de mayo. Si se incluye en la estación lluviosa todas las semanas en las que puedan caer

una valoración de primer orden de cara al abastecimiento de sus gentes y a la economía nacional.

Se trataba, por tanto, de un medio imprescindible para el desarrollo normal de la vida de los israelitas, en relación al cual éstos constataban con frecuencia su impotencia, razón por la que tendían, de modo espontáneo, a incluirlo dentro del ámbito de la omnipotencia divina de Yahveh, como pensaban acerca de tantas otras realidades físicas que los sobrepasaban. Las fuentes véterotestamentarias han dejado constancia, en efecto, de que tuvieron que experimentar, repetidas veces, las consecuencias negativas de la carencia prolongada de lluvias. Se alude a la persistente sequía que azotó a las tierras de Palestina en tiempo del patriarca Jacob, hasta el punto de tener que enviar a sus hijos a comprar trigo en Egipto (*Gn* 41,54 - 42,3). El libro de Rut comienza informando que «*en los días en que juzgaban los Jueces hubo hambre en el país*» por lo que la familia de los futuros suegros de Rut tuvieron que emigrar «*a los campos de Moab*» (*Rut* 1,1-2). El ciclo de tradiciones sobre Elías se abre narrando una prolongada sequía en el reino de Israel (*1 Re* 17-18), describiendo incluso algunas peripecias ocasionadas por ella, como que «*el hambre se había apoderado de Samaría*» (17,1b), y que el mismo rey no encontraba agua ni hierba para sus ganados (17,5). Otras veces, los textos aluden, de manera más directa, a los aprietos ocasionados por la carencia de agua para el abastecimiento de las personas: v.gr., Agar se alejó de su hijo Ismael para no verle morir de sed (*Gn* 21,15-16); los israelitas, durante su travesía por el desierto, llegaron a insubordinarse contra Moisés por falta de agua (*Ex* 17,1-3; *Núm* 20,2-5). También podrían ser leídas en la misma clave las disputas por la posesión de un pozo de agua (*Gn* 21,

algunas gotas de agua, entonces se contará alrededor de 200 días de período húmedo» (F. -M. ABEL, *Géographie de la Palestine*, I. [Études Bibliques], París, 1933, p.123). Para mayor precisión al respecto, cf. M.DU BUIT, *Géographie de la Terre Sainte*, I, París, 1958, pp. 30-31. Pero téngase en cuenta, además, que, dada su situación geográfica, la Palestina sufre los ataques del viento caliente del desierto oriental que, en poco tiempo, quema todo.

25-26;26,15-22). Hasta se informa que los israelitas, en una coyuntura histórica muy adversa, se vieron obligados a comprar por dinero el agua para saciar su sed (*Lam* 5,4).

3. A partir de tan palmaria y contrastada importancia de la lluvia para el bienestar de las gentes, ¿cómo entender y cómo reaccionar ante su presencia o ante su ausencia?

Los pueblos del ambiente cultural que rodeaba a Israel explicaban dicha realidad a partir de su mentalidad de naturaleza fundamentalmente *mítica*, de modo similar a como entendían los demás elementos naturales que influyen sobre la vida del hombre y que éste no logra controlar⁶. Lo hacían respecto al agua en general, suponiendo la existencia de espíritus o divinidades habitando en ríos, fuentes, mares, etc., en los que ejercían su control. Y con idéntica mentalidad dilucidaban, ya en concreto, el fenómeno de la lluvia. Por ejemplo: en un mito hittita se explicaba una larga sequía afirmando que el dios airado «*Telepinu se marchó y se perdió en la estepa (...). Por eso, el grano (y) la escanda no florecieron más. Por lo que el ganado, la oveja y el hombre no se criaron más (...). La vegetación se secó, los árboles se secaron y ya no dieron tallos frescos. Los pastos se secaron, las fuentes se secaron*». Entonces, los dioses y otros seres buscaron inútilmente a Telepinu, hasta que la abeja lo encontró y le hizo regresar. Llevaron a cabo un complejo ritual y le pidieron que cesara en su furor. Finalmente, «*Telepinu volvió a su casa y cuidó (otra vez) de su tierra*», de lo que se siguió la restauración general: «*Supuso gordura para la oveja, supuso granos de trigo (y) de vino,*

⁶ «El mito [en su acepción científica, no en su uso vulgar peyorativo] reduce a una historia de apariencia humana las grandes realidades de la creación, las leyes del universo, la propia existencia del hombre, sus tendencias, sus limitaciones y sus conquistas; es decir, la visión religiosa sobre la realidad y las creencias en un "más allá" se expresa como algo cotidiano, tangible, vivo, capaz de contenerse en una simple narración» (J.GONZÁLEZ ECHEGARAY, *El Creciente Fértil y la Biblia*, Estella, 1991, p. 260).

*supuso ganados (y) ovejas, supuso largos años de prole».*⁷

Procediendo de manera netamente diferente, la mentalidad de los israelitas enfocaba todos los elementos de la naturaleza desde una **actitud de fe rígidamente monoteísta**. Era éste un presupuesto ideológico básico que le hacía concebir a su Dios, Yahveh, cual Creador y Señor de toda la naturaleza así como de todas sus fuerzas, no reconociendo en éstas otra cosa que criaturas suyas, siempre sometidas a su disposición libre y omnipotente. Numerosos textos del AT presentan efectivamente a Yahveh como dueño absoluto de todo cuanto existe: «*El que vive eternamente lo creó todo por igual*» (Sir 18,1); «*De Yahveh es la tierra y cuanto hay en ella, el orbe y los que en él habitan*» (Sal 24,1;cf. Gn 1,1; Is 66,2a; Sab 11,24). No resulta, pues, extraño que todos los elementos de la naturaleza fueran expresamente invitados a alabar a Dios como a Señor suyo (Dn 3,57-58; Sal 148,3-10; 1 Cr 16,31-33).

4. En buena lógica, fue **a partir de tales convicciones** que las gentes del AT entendían el tema del agua, en general, y el de la lluvia, ya en particular. Yahveh era concebido, a su vez, cual dueño absoluto de este elemento físico, de modo paralelo a como lo era de todos los demás: «*Señor de los cielos y de la tierra, Creador de las aguas, Rey de toda la creación*» (Jdt 9,12b). En el referido elenco de elementos naturales invitados a alabar a su Señor, son mencionados expresamente los siguientes: «*Aguas todas que estáis sobre los cielos, bendecid al Señor (...). Lluvia y rocío, bendecid al Señor*» (Dn 3,60.64). De hecho, Yahveh aparece, desde el primer momento, con dominio sobre las aguas «*apartando unas de otras*», asignándoles su puesto y límites (Gn 1,6-10: Job 38,8-11; Sal 104,6-9), así como fijando las estaciones del año, incluida por supuesto la de las lluvias (Gn 8,22; Lev 26,4; Dn 2,21).

⁷ Cf. J. B. PRITCHARD (ed.), *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, Princeton, 1969, 3ª ed., pp. 126-128.

Este convencimiento llevaba a aquellas gentes a reconocer en Yahveh todas las prerrogativas en exclusiva respecto a las aguas, estando en sus manos el disponer de ellas según su voluntad, por lo que podía concederlas y negarlas, y usarlas con diferente signo, lo mismo en el orden estricto de la naturaleza que en el curso de la historia humana, algo que realmente llevó a cabo una y otra vez, como veremos en seguida.

4.1. Se informa que, en algunas ocasiones, Yahveh se servía del agua (o de la lluvia, más en concreto) **para castigar** a los hombres merecedores de tal suerte. Hubo casos en los que lo hizo enviándola en proporción torrencial para destruir ostentosamente a sus enemigos o a los de su pueblo. Por ejemplo, cuando manifestó a Noé: «*Voy a traer el diluvio, las aguas sobre la tierra para exterminar toda carne*» [por sus pecados] (Gn 6,17), amenaza que ejecutó sin tardar mucho (7,17-24). Se sirvió asimismo de las aguas para destruir al ejército egipcio en su persecución a Israel (Ex 14,26-28; Jos 24,6-7). Hasta tal punto se tenían presentes contingencias de este género, que la expresión «*aguas caudalosas*» pasó a simbolizar situaciones peligrosas -de parte de Dios- para los hombres, tal como amenazaba Isaías a las gentes de Jerusalén por haber acudido a pedir ayuda a Asiria: «*He aquí que el Señor hace subir contra ellos las aguas del Río [Éufrates] embravecidas y copiosas. Desbordará por todos sus cauces (...) invadirá todas sus riberas*» (Is 8,7; cf. Sal 42,8; 69,2-3.15-16; Job 22,11).

Otras veces, y procediendo a la inversa, Yahveh no enviaba lluvia alguna a la tierra, con las consecuencias negativas de largas sequías, de las que ya hemos mencionado algunas. De hecho, las malas cosechas y demás dificultades derivadas eran interpretadas como castigo divino por malas conductas. Entre las maldiciones con las que el Deuteronomio amenazaba al pueblo en caso de infidelidad a Yahveh figuraba ésta:

«Los cielos de encima de tu cabeza serán como de bronce, y la tierra de debajo de ti será de hierro. Yahveh dará como lluvia a tu tierra polvo y arena» (Dt 28,23-24; cf. 11,17; Lev 26,19). David interpretó una sequía que azotó al pueblo en sus días cual castigo de Dios a causa de algún pecado, por lo que intentó conocer cuál era para remediarlo (2 Sam 21, 1-3; cf. 24,13). Poco antes del inicio de la sequía que iba a asolar a Israel en tiempo de Elías, éste dijo al rey Ajab: «Vive Yahveh, Dios de Israel, a quien sirvo. No habrá estos años rocío ni lluvia más que cuando mi boca lo diga» (1 Re 17,1). Y al echarle en cara el rey, tiempo después, ser la causa de tal estrago, el profeta contestó: «No soy yo el azote de Israel, sino tú y la casa de tu padre por haber abandonado a Yahveh y haber seguido a Baales» (1 Re 18,18). Por su parte, los clásicos profetas también presentaban la sequía como castigo divino, o amenazaban con ella (Am 4,7; Is 5,6; Jer 3,3). Y de modo parecido veían estas realidades los salmitas (Sal 68,7b; 105,32-33; 107,33-34).

4.2. Mas los israelitas pensaban asimismo -ya se sigue indirectamente de cuanto precede- que Yahveh podía y solía servirse de la lluvia con **signo positivo bienhechor**: «Él derrama la lluvia sobre la haz de la tierra y envía las aguas a los campos» (Job 5,10; cf. 36,27-31; Am 5,8b; Sal 104,1-18). En tal perspectiva, la lluvia era considerada como un efecto de la bondad de su Dios en vista a otorgar bienestar a los hombres: «El cambia el desierto en un estanque, y la árida tierra en manantial. Allí asienta a los hambrientos, y ellos fundan una ciudad habitada. Y siembran campos, plantan viñas, que producen sus frutos de cosecha. Él los bendice y crecen mucho y no deja que mengüen sus ganados» (Sal 107, 35-38).

Este enfoque de la lluvia era el que más interés tenía para los fieles del AT, y era bajo tal aspecto que ocupaba un puesto destacado en sus oraciones de petición, precisamente para suplicar a Yahveh que se la enviara a su tiempo y en cantidad necesaria. **Téngase en cuenta** que los israelitas -al igual que las gentes antiguas en general-, al carecer aún de una cultura filosófica adecuada, solían dejar a un lado las leyes naturales y las causas físicas (*causas segundas*), para atribuir todos los fenómenos -por lo menos, los de cierta entidad- que acaecen en este mundo directamente a Dios (*Causa primera*). Era esto lo que sucedía también en el caso de la lluvia: Dios podía privar de ella, como ya vimos, y podía concederla, diríamos que sin que contaran para ello causas intermedias.

Yahveh mismo había prometido enviarla a su pueblo para ayudarlo, en el caso de que le fuera fiel, como aseguraba el Deuteronomio: «*Yahveh abrirá para ti los cielos, su rico tesoro, para dar a su tiempo la lluvia necesaria y para bendecir todas tus obras*» (Dt 28,12; cf. 11,14; Is 30,23; Ez 34,26). De hecho, había remediado situaciones de sequía devastadora. Así, hemos aludido a la que golpeó a los Israelitas en tiempo de los Jueces; pues bien, se informa, luego, que, un buen día, Noemí «*decidió regresar de los campos de Moab, con sus dos nueras, porque oyó en los campos de Moab que Yahveh había visitado [=ayudado] a su pueblo y les daba pan*» (Rt 1,6). También hemos hecho referencia a la sequía pertinaz en tiempo de Elías, a propósito de la cual añade el texto que «*pasado mucho tiempo, fue dirigida la palabra de Yahveh a Elías, al tercer año, diciendo: "Vete a presentarte a Ajab, pues voy a hacer llover sobre la superficie de la tierra"*», lo que acaeció poco tiempo después (1 Re 18,1 y 44-45, respectivamente). Vimos asimismo que David quería conocer lo que había irritado a

Yahveh para no enviar lluvia, con el fin de repararlo; hecho lo cual, dice el texto que «*después de hacerlo Dios quedó aplacado con la tierra*» (2 Sam 21,14b): es decir, envió la lluvia deseada.

Mas la eficacia de la intervención de Yahveh al respecto no sólo se había hecho notar en semejantes casos de sequía tan prolongada. Sino que también era evidenciada cada año, pues era dicha energía la que enviaba habitualmente la lluvia estacional, enmarcada en sus ciclos regulares, con la que venía al encuentro de las necesidades de los hombres: «*Temamos a Yahveh, nuestro Dios, que da la lluvia temprana y la tardía a su tiempo; que nos garantiza las semanas que regulan la siega*» (Jer 5,24; cf. 3,3; Ez 34,26; Esd 10,13).⁸

Como consecuencia de tal modo de entender la realidad física que nos ocupa, se seguía que los israelitas oraran con la mayor naturalidad a Yahveh pidiéndole que les concediera la lluvia. En primer lugar y con mayor frecuencia, rogaban que les enviara la lluvia que podríamos calificar como "normal" de cada año, tan necesaria para sus campos y para cubrir sus necesidades personales, como aconsejaba hacer, verbigracia, el profeta Zacarías: «*Pedid a Yahveh la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía* [según traducen los LXX]» (Zac 10,1a). Y como auguraba -de modo indirecto, por sus efectos- un salmista: «*Haya en la tierra abundancia de trigo, en la cima de los montes ondee*» (Sal 72,16a). La petición de lluvia se hacía más apremiante cuando ésta no

⁸ En efecto, los textos véterotestamentarios aluden, una y otra vez, a «*la primera lluvia*» o del otoño (Dt 11,14; Sal 84,7; Jl 2,23), y a «*la lluvia tardía*» o de primavera (Os 6,3; Job 29,23; Zac 10,1). La lluvia durante el verano, por su parte, era juzgada -a justo título- como rarísima (1 Sam 12,16-19; Prov 26,1).

llegaba a su tiempo. Así, en la larga oración atribuida a Salomón, con ocasión de la dedicación del Templo de Jerusalén, entre otras peticiones a Yahveh se menciona la siguiente: «*Cuando los cielos estén cerrados y no haya lluvia porque pecaron contra ti, si oran en este lugar (...), escucha tú desde los cielos y (...) envía lluvia sobre la tierra, la que diste a tu pueblo en heredad*» (1 Re 8,35-36). Por su parte, Joel oraba al Señor a causa de una muy dura sequía de este modo: «*A ti clamo Yahveh, porque la sequía [el fuego, dice él] ha devorado los pastizales del desierto, el calor ha abrasado todos los árboles del campo*» (Jl 1,19; cf. v.20). Y Ozías, en nombre de los ancianos de la asediada Betulia, encarecía de esta guisa a Judit: «*Ahora, pues, tú, que eres mujer piadosa, pide por nosotros al Señor que envíe lluvia para llenar nuestras cisternas, y así no nos veamos acabados*» (Jdt 8,31).

Por otra parte, hay asimismo constancia de que, en casos de particular necesidad de agua para el sostenimiento humano -aunque no se aluda directamente a la lluvia-, los fieles del AT acudían a pedir el remedio a su Dios. Ello ocurrió a nivel de pueblo: por ejemplo, cuando los israelitas sintieron la grave necesidad de agua en el desierto, Moisés pidió a Yahveh que les sacara de tal aprieto: «*Moisés y Aarón dejaron la asamblea, se fueron a la entrada de la Tienda del Encuentro, y cayeron rostro en tierra [=oraron]*» (Núm 20,6; cf. Jdt 8,31). Y ocurrió en el plano individual: el contexto permite deducir que el niño Ismael pidió agua a Dios para no morir de sed («*Oyó Dios la voz del chico*»: Gn, 21,17). Incluso el mismo Yahveh se preocupó de que no le faltara agua a su siervo Elías durante su fatigoso caminar por el desierto (1 Re 19,6-8).

5. Por tanto, **todo estimulaba a los israelitas del AT a pedir a Dios la concesión de la lluvia.** Les movía a ello, en primer lugar, la convicción axiomática de que el Señor escuchaba las peticiones de sus fieles, en general. Tras la larga oración de petición hecha por Salomón, *«Yahveh le dijo: "He escuchado la plegaria y la súplica que has dirigido delante de mí"»* (1Re 9,3a: cf.3,9-12). Un salmista, por su parte, daba el siguiente testimonio en propósito: *«Clamé a Yahveh en mi angustia, a mi Dios invoqué; y escuchó mi voz desde su Templo, resonó mi llamada en sus oídos»* (Sal 18,7; cf. 34,18; 66,18b-19; 138,3).

Pero, sobre todo, les estimulaba el hecho de que Yahveh había atendido, en el pasado, peticiones de lluvia para los campos y de agua para el consumo humano. Por ejemplo: al escuchar una petición popular de lluvia, tras larga sequía, *«Yahveh se llenó de celo por su tierra y tuvo piedad de su pueblo. Respondió Yahveh y dijo a su pueblo: "He aquí que yo os envío grano, mosto y aceite virgen"»* (Jl 2,18-19). Bajo la otra perspectiva del problema, ya vimos que Dios había escuchado la petición de agua para beber hecha por Ismael, así como la hecha por Moisés para todo el pueblo.

Movidos por tales acicates, en Israel se pedía la lluvia a Dios, una y otra vez, con sincera confianza: *«Yahveh, el que hace las nubes de tormenta, lluvia copiosa les dará, hierba en su campo a cada uno»* (Zac 10,1b). Mas el pensamiento bíblico no aceptaba que la lluvia fuera *exigida* a Yahveh, tal como les recomendaba la misma Judit a los representantes del pueblo en su aprieto por el asedio enemigo (entre otras cosas, vimos que le habían encargado que pidiera lluvia a Dios): *«Vosotros no exijáis garantías a los designios del Señor, nuestro Dios, porque Dios no se somete a las amenazas, como un hombre, ni se le marca, como a un hijo de hombre, una línea de conducta. Pidámosle más bien que nos socorra, mientras esperamos confiadamente que nos salve. Y él escuchará nuestra súplica, si le place hacerlo»* (Jdt 8,16-17).